

ANTICRÍTICA (1796)¹

REPLY (1796)

Friedrich Wilhelm Joseph Schelling

Algunas palabras con ocasión de la reseña de mi escrito *Del Yo como principio de la filosofía* etc. en la *Allgemeine. L[iteratur]. Z[eitung]*. Número 319.

El reseñador se posiciona ya desde el principio contra el autor. “*Desgraciadamente* —dice él— le resulta irremediablemente inconcebible *su propio* Yo como objeto del saber, y por tanto comprende mucho menos todavía lo que otros *tienen a bien* probar del suyo propio”. Dicho de otro modo, esto significa *lo siguiente*: el autor dedica todo un libro a contar y probar Dios sabe qué cosas acerca de su Yo — ¿y quién podría escuchar esa historia tan aburrida? — El reseñador iba por buen camino. Si hubiese concluido aquí su trabajo, habría terminado bien. Pero *desgraciadamente* transcribe algunos pasajes del libro en los que el autor afirma expresamente que “también a él (igual que al reseñador) le resulta inconcebible el Yo en general como *objeto del saber*: del Yo en tanto que *objeto* no se puede *probar* (y por tanto tampoco *saber*) absolutamente nada; lo incondicionado (el Yo) no puede buscarse en absoluto en el mundo objetivo en general; el Yo sólo es real en su *actuar*; su *esencia* misma consiste en *libertad*, y de ésta no se puede ser consciente porque es la *condición* de toda consciencia”.

Entre hombres *capaces de pensar* debería entenderse por sí mismo que aquello que debe ser *principio* de todo saber no puede ser a su vez *objeto* del saber. Y el reseñador no debería haberme aleccionado sobre esto; él menos que nadie, si ha leído el escrito señalado (por ejemplo: Prólogo p. XVI y siguientes, XXVII y siguientes: p. 7, p. 16, nota, pp. 79 y 80, etc.). — “Pero, ¿a qué viene todo esto? ¿Acaso no dice el *título* del libro, y con estas mismas palabras, que el autor ha hecho del Yo el objeto de sus investigaciones?” — El reseñador sabrá que hay una diferencia entre el objeto de un *libro* y el objeto del *saber en general*. Al primero se

¹ Réplica de Schelling a la reseña de J. B. Erhard de su libro *Del Yo como principio de la filosofía*. Publicada en la *Allgemeine Literatur-Zeitung* de Jena, *Intelligenzblatt* N° 65, 10 de diciembre de 1796. Editada más recientemente en L. Pareyson (ed.), *Schellingiana rariora*, Torino: Bottega d'Erasmus, 1977. Traducción de José Luis López de Lizaga.

lo llama objeto *lógico*, y a éste objeto *real*. Cuando el reseñador dice que el Yo no es objeto del saber, ya al decir esto lo convierte en objeto de su *juicio*. Su objeción es, por tanto, bien conocida: de las cosas en sí no sabéis nada; por tanto tampoco que — ¡no son representables! — Pero el autor intenta determinar el Yo mediante predicados que no permiten dudar — de que al autor nunca pudo ocurrírsele hablar del Yo como objeto del saber (teórico). Todo el que pretenda conocer los principios de la crítica debería saber al menos lo siguiente: que los predicados de lo absoluto no pueden convertirse nunca en predicados de un *objeto*. — Pero *entonces*, se preguntará el reseñador, ¿cuál es el objetivo de toda la empresa?

Le responderemos. ¿Por qué no debería yo aprovechar esta ocasión para ser *claro* por fin, quizás incluso más claro de lo que se quería? El objetivo del autor no era, pues, otro que éste: liberar a la filosofía de la parálisis en la que tuvo que caer irremediamente por las desafortunadas investigaciones *acerca de un primer principio de la filosofía*; — su objetivo era demostrar que la verdadera filosofía sólo puede comenzar con acciones libres, y que los principios abstractos en la cúspide de esta ciencia son la *muerte* de todo filosofar. La pregunta: “¿por qué *principio* debería comenzar la filosofía?” le parecía indigna de un hombre libre como el que él sentía ser. A lo sumo, le parecía bien para un hombre que, como Nicolai, siempre se enzarza con su Yo, y en la imposibilidad de *hacer algo consigo mismo*, tiene que tener un ovillo que devanar o una cebolla que pelar. — Al considerar la filosofía como un producto puro del *hombre libre*, en cierto modo como un acto de libertad, el autor creía tener de la filosofía un concepto más alto que esos filósofos plañideros que deducen de la discordia de sus colegas los horrores de la Revolución francesa y todas las desgracias de la humanidad, y que pretenden remediar esas desgracias mediante un principio vacío —que no hice nada—, pensando que en él está comprimida toda la filosofía. El autor creía que el hombre ha nacido para *actuar*, no para *especular*, y que por tanto también su primer paso en la filosofía tenía que anunciar la entrada de un ser libre. Daba poca importancia —precisamente por eso— a la filosofía *escrita*, y menos aún a un principio *especulativo* situado *en la cúspide* de esta ciencia; pero lo que menos valoraba de todo era la filosofía *universalmente válida*, de la que naturalmente sólo debería vanagloriarse un *sabio mundano* cuya filosofía, como el molino de Lessing, viviese en amistad con los treinta y dos vientos. Pero como el público filosófico sólo parecía tener oídos para los *primeros principios*, el primer principio *del autor* —en referencia al lector— sólo podía ser un *postulado* — la exigencia de ese mismo acto libre con el que, en su opinión, tiene que comenzar todo filosofar. El primer resultado de toda filosofía, actuar libremente por sí mismo, le parecía tan necesario como el primer postulado

de la geometría de trazar una línea. Y así como el geómetra no demuestra la línea, tampoco el filósofo debe demostrar la libertad. — De esto se sigue también que esta filosofía podía prescindir fácilmente de la terminología que —de un modo bastante sorprendente— un profesor de Breslau profetizó que posteriormente un librero berlinés encontraría ridícula. Estaba ahí para aquellos que sin la filosofía no comprenden nada y que sólo la encuentran fastidiosa porque ya tienen otra en la cabeza —para cualquier otro era completamente inútil.

No obstante, esta filosofía, que es ella misma sólo una *idea* cuya realización el propio filósofo sólo puede esperarla de la razón *práctica*, seguirá siendo necesariamente incomprensible e incluso ridícula a aquellos que, incapaces de elevarse hasta las ideas, no han aprendido de Kant que las ideas en general no son objetos de una especulación ociosa, sino que deben serlo de la acción libre; que todo el reino de las ideas sólo tiene realidad para la actividad moral del hombre, y que el hombre no puede ya — *encontrar objetos* allí donde él mismo comienza a *crear*, a realizar. No es de extrañar que en las manos de un hombre que pretende determinar teóricamente las ideas se convierta en una quimera todo aquello que vaya más allá de la tabla de las categorías; que en su cabeza la idea de lo absoluto equivalga a una fábula, y que allí donde el otro se siente por primera vez realmente libre, él no vea ante sí nada más que — la gran nada que no es capaz de llenar, y que no le quede *a él* otra conciencia que la de su propia falta de pensamientos. Una prueba de que su espíritu nunca ha aprendido a actuar libremente por sí mismo, y de que sólo sabe afirmar su rango en el mundo de los espíritus mediante un pensamiento *mecánico*.

¡Desafortunada filosofía!, se dirá. En efecto, es una tarea desafortunadamente escogida querer representarse — como estando *fuera de uno mismo* lo que es la más íntima propiedad del *hombre*, y que, arrancado de su contexto espiritual, sólo deja un inerte esqueleto de palabras. El único consuelo es haber hallado algo que los profanos reconocerán antes o después como su *procul o procul este!*; es perfeccionar paulatinamente la ciencia hasta el punto de que deje de ser *comunicable* — e incluso los chararileros de la filosofía comprendan que el *hombre* la ha reclamado como su propiedad y ya no es una mercancía que pueda ofrecerse en el mercado. — De todos modos, *todo* otro arte o ciencia cuyos objetos sean productos libres del espíritu tiene que combatir tanto como la filosofía contra esa *falta de espíritu*. En sus manos, las tiernas criaturas de la imaginación, que quieren ser captadas con el mismo espíritu con el que fueron desarrolladas — se emparejan con los conceptos de la verdad objetiva y se convierten en monstruos. En contacto con esa falta de espíritu, la plástica lengua de la Física, mediante la cual una imaginación

esquemática sensorializa la trama de los fenómenos naturales, se convierte en teoría palpable, y lo que en los sistemas y religiones del mundo antiguo se afirmaba como el libre juego de la imaginación *idealizadora* — se convierte ahora en cruda realidad, o bien en aventurado dogma (chino-indio).

He saldado la cuenta que tenía pendiente *conmigo mismo*. ¡Y ni una palabra más!
Leipzig, 26 de octubre de 1796.

F. W. J. Schelling

RESPUESTA DEL RESEÑADOR

Salvo en algunos detalles, esta anticrítica es tal como el reseñador esperaba, y por eso el reseñador no necesita responder en conjunto absolutamente nada. Lo que el reseñador no esperaba era que el señor Schelling volcase en ella ciertas invectivas contra hombres que en esta ocasión no le ofendieron en lo más mínimo. Si ésta es la forma de actuar que enseña esa ciencia que dejará de ser comunicable cuando haya alcanzado la perfección, es deseable que, entretanto, no sea contagiosa.